

MÉXICO

AURORA Y ECLIPSE

ADIÓS LA conversación con amigos y extraños. Igual comience con el tema inocente del tiempo que con el atrevidísimo del viaje lunar, pronto cae pesadamente sobre el Tapado. Así, resulta inevitable determinar si el nuevo presidente es tan importante para todos y cada uno de los mexicanos; si ya consumimos nuestras vidas charlando en el café; o si el hecho es síntoma de cosas dignas de reflexión.

De todo esto hay en la viña del Señor.

UN NUEVO jefe de estado o de gobierno importa a cualquier nación, pero muchísimo más a aquellas de vida política enclenque. En México cuentan desmesuradamente las personas y poquísimo las instituciones. Aquí nada puede imaginarse que no se allane tocando un resorte personal, o algo que pueda conseguirse fundándolo tan sólo en el derecho, igual se trate de la obra ciclópea del Metro que de esa licencia para pescar cuya solicitud vengo aplazando con la vaga esperanza de encontrarse alguna vez con mi amigo don Octaviano.

Por eso, la I.C.A. y yo estamos tan pendientes del próximo presidente, y entre esa descomunal empresa y mi escueta figura

se hallan apretujados como sardinas los 49,999.998 habitantes del país.

ANÁDASE que buen número de mexicanos tiene hoy más ocio que hace treinta años. Los economistas explicarán esto asegurándonos que México es ya una affluent society, donde la riqueza brota, como el petróleo de don Jesús, de cada poro de nuestras tierras y nuestros mares. Y los sociólogos preguntarán que si no es ocioso, ¿qué otra cosa puede ser el mexicano?

Sin importar su origen, el ocio no basta para explicar la perenne cavilación sobre el Tapado, el afán morboso de levantar siquiera un dedo de la minifalda que lo cubre para imaginar sus tentadores contornos. Al ocio debe agregarse que el mexicano es imaginativo, y como aquí el pobrecillo tiene tan poca tela de qué cortar, inflama más aún su imaginación para alimentar una sospecha siquiera.

ALLÍ ESTÁ, en efecto, don Alfonso: con voz, gesto y palabras dramáticas, afirma tronantemente que nada ni nadie forzará a su partido a ocuparse de la sucesión; que vendrá a su tiempo justo, justísimo, ni un minuto antes ni un segundo después, ya que agitarlo impedirá al país seguir labrando callada, tenazmente, el risueño porvenir que le aguarda a la vuelta de la esquina.

Todos obedecemos sin chistar, de modo que cayó sobre la Nación entera la espesa cortina de hierro del silencio. Pero entonces don Antonio (R.) lo interrumpe para declarar sin mayor provocación que la edad le impide sentirse presidenciable, ya que la repugnante tarea de presidir los destinos de esta Nación debe desplomarse sobre los hombros fornidos de los cuarentones. Los mexi-

canos nos estremecemos, pues como hasta entonces nadie había reparado en la edad de don Antonio ni parecía ser él singularmente coqueto, concluimos que tan brutal desconsideración perseguía eliminar a don Alfonso y a don Antonio (L.), quedando tan sólo don Lui y don Emilio. Por fortuna, en medio de aquel estupor se oyó distintamente el grito desgarrador: "¡cuenta el patriotismo, mas no la edad!"

Don Alfonso vuelve a lanzar rayos y centellas: ningún miembro de su partido puede despertar de su sueño reparador a la sociedad mexicana. Otra vez descende el denso velo del mutismo, y justamente para no interrumpirlo, don Emilio, musitando, le cuenta a sus amigos que, fruto de prolongados desvelos personales, tiene un plan de gobierno que, a más de atender las necesidades efímeras del actual gobierno, de casualidad cubre las que le brotarán al país desde que suenen las doce del día 1° de diciembre de 1970 hasta las once de la mañana del 30 de noviembre de 1976. Don Emilio no desobedeció las órdenes de don Alfonso, pero sí siete intelectuales que saltaron alborozados gritando "¡ese es nuestro hombre, ese es nuestro programa... y nuestro sexenio!"

Como nadie escucha la voz destemplada de estos intelectuales, de nuevo se abate la quietud; pero a poco la turba --¡quién lo creyera!-- el mismísimo don Alfonso, al declarar que siendo su partido ajeno a toda refriega personalista, anda buscando, en efecto, "al hombre y al programa". Entonces es don Emilio --clama la multitud--, pues si él no es el único hombre, sí es el único que acarrea en el bolsillo un programa de gobierno. Para gozo de unos y dolor de otros, la cortina cae de nuevo. Se levanta a poco, sin embargo, pues el senador Ruiseco surge empapado de candidatos: a más de don Emilio, los antes descartados don Alfonso y don Antonio

(L.), y el siempre latente don Luis. Entonces éste se actualiza apareciendo, seguro y risueño, en la portada a colores de una revista y con el respaldo respetabilísimo de algunos constituyentes.

Hasta aquí el único hecho concluyente era el habérsele destapado a don Alfonso la caja de sorpresas que quería mantener herméticamente cerrada hasta abrirla él ante las cien mil almas expectantes que abarrotarían el estadio Azteca. Por eso, ha tenido que convocar a sus mujeres para decirles que siendo ya tan hombres como los hombres, pueden ser más hombres que los hombres si en esta vez son más discretas que ellos. Y doña Marta, doña María y doña Alicia le juran que ni de broma hablarán sino de la Luna.

ASÍ, SERÍA cruel exigirle al mexicano, ocioso o trabajador, imaginativo o romo, que tan succulentos platillos no lo lleven a consumir el día y la noche rumiando el ahora Semi-Tapado o Semi-Encuerado, pues, en efecto, la Aurora asuma ya.

Por desgracia, queda una parte final que explica esa vana y estéril cavilación. Es la falta de una vida pública diaria y abierta, en que fueran forjándose, sobre hechos visibles y no bajo la ocultación y el disimulo, los verdaderos quilates de quienes aspiran a gobernarnos. De allí que todo quede librado a un azar caprichoso, incomprensible y dañino.

EXISTE un remedio inmediato, por el que yo pienso optar: eclipsarse, echarse a dormir profundamente para no despertar hasta que todo se haya consumado. Y en ese momento, caer de rodillas, persignarse y orar por la dicha de un país tan retozón como éste.

(Nota de la Dirección: a pesar de nuestra insistencia, don Daniel no ha querido comprometerse a dar con el lápiz y el papel mientras goce de este su sueño profundo.)

15 agosto 69